



*El frío  
proletario*

## VIVIENDAS FUNDACIÓN BENÉFICO-SOCIAL

(Sector Sur, Córdoba, 1961-1965). Arquitecto: Rafael de la Hoz

TENÍAMOS un tiesto con claveles,  
las coplas dedicadas por la radio  
y un corazón de periferia  
con vistas a la diáspora y al tizne.

Yo contaba dos años, tan blanca la  
memoria  
que no recuerdo nada, pero he visto mi  
barrio  
en una exposición de arquitectura  
que muestra las vanguardias y el enjambre  
moderno.

La vivienda social era una huida  
de los asentamientos marginales.  
Así, pensando en los más pobres  
y en nuestra natural inclinación  
al revoltijo y a la bronca,  
nos construyó el franquismo un polígono  
de casas protegidas, de refugios al margen,  
como nidos aislados de hipoteca.

En medio de un solar sin jardineras,  
ni césped verde inglés ni toboganes,  
se edificó una urdimbre de bloques tan  
idénticos,  
con sus cubiertas de teja a dos aguas,  
como idénticas jaulas de tristeza  
para pájaros torpes o vidas que no logran  
alzarse, y a ras de asfalto se mueven  
con sus muros de carga paralelos.

Viviendas solidarias, dijeron los ministros.  
No dijeron más dignas que nosotros,  
criaturas sin modales ni costumbre,  
casi bestias del campo a la intemperie.  
Porque un techo no basta. Porque no hay  
dignidad

ni en la pobreza ni en el hambre.

Teníamos un cielo lapislázuli,  
igual que en las películas.  
Y un corazón a dos aguas de cauce  
turbulento,  
y un corazón a dos lavas de volcán  
siciliano,  
y un corazón a dos sangres fluyendo por  
los días.

Teníamos un arte de realismo puro:  
fachadas de ladrillo visto,  
polvaredas del natural,  
secuencias al estilo de Vittorio de Sica.  
Y un corazón al revés, a dos aguas.  
Pero con una sola muerte.

(De *De la nieve embrionaria*)

HE tardado treinta años  
en nombrarte sin miedo ni vergüenza.  
Treinta años sin saber  
cómo quererte o cómo hablarte.  
Sin acertar ni atreverme siquiera  
a decir me has abandonado, madre.

Pero nunca te odiaba.  
Me decían que habías muerto  
en el centro de un río,  
que te arrojó tu propio impulso  
desde un puente romano hasta el caudal.  
Y yo, que era muy niña,  
me conformaba entonces.  
Porque los niños ignoran la muerte.  
Sólo notan la ausencia  
y aprenden a borrar con goma blanca  
el lápiz de la risa y el abrigo.

Luego crecí deprisa. Con la herrumbre  
me salieron el pecho y los demonios.  
Y fui para buscarte a un cementerio  
—en zona no sagrada, prevista para  
herejes—

y no encontré tu lápida tan limpia,  
pues te habían sacado de tu tumba  
mucho antes de que yo llegase.  
Que ya nadie pagaba tu reposo  
y sin aval los muertos se confiscan,  
pierden su propiedad y sus derechos.

No obstante, conseguí un certificado  
oficial de difunta con la fecha incorrecta:  
por él me concedieron una beca de  
estudios.

Sin vida me has servido  
como un seguro contra incendios.  
Desde tu fosa común me mirabas

tomar apuntes y comprarme libros,  
y tal vez te sentías complacida  
como cualquier madre al final de un curso  
cuando su hija le trae buenas notas.

Me pregunto por qué te quisiste morir  
tan de pronto y tan joven todavía,  
qué síndrome o locura  
nubló la transparencia del camino  
y te condujo a los barrancos,  
al término interior de los relojes  
y a las profundidades  
de una corriente caprichosa.  
¿Por qué? ¿Por qué aquella mañana  
te despertó el estrépito y la furia?  
¿Fue mi llanto de niña enloqueciéndote  
el que te abrió la puerta de la calle?  
¿Fue mi llanto la luz al fin de un túnel?  
¿Quién alumbró tus pasos por el frío  
y te indicó el lugar exacto de caer?  
¿Quién te quitó la ropa y te subió al pretil?  
¿Quién te empujó?  
¿Quién me empujó al río de la orfandad?

He tardado treinta años de preguntas  
en pensar demasiado y sin hacerlas,  
ya que nunca has venido a contestarme.  
He tenido vergüenza de estar sola.  
Y he mentido y he dicho  
que eran otras las causas de tu muerte.  
Con infantil tijera recortaba  
a mi medida tu memoria estéril.  
Y no puedes culparme  
por la amnesia de ti, por mi mal modo  
de inventar tu silencio vagabundo.

Soy grande ahora. Tu adulta presencia  
ya no me haría un daño irreparable.

He bajado a las minas más profundas,  
al anónimo lecho de los muertos más  
pobres,  
a la cripta más honda de los parias.  
He bajado a sacar tu cadáver sin rostro,  
a extraer tu dolor,  
tu corazón herido y putrefacto  
y el útero que nueve meses fue mi hogar.  
Porque, como un forense,  
podría examinar tus restos  
de madre y de mujer suicida,  
y deducir las pruebas semiocultas.

Pero nadie investiga.  
He querido saber, he preguntado.  
He visitado el barrio y la náusea  
donde vivimos: la casa pequeña,  
el mundo todavía más pequeño,  
la libertad pequeña en la cocina.  
Así he visto el cansancio tirando de tus  
brazos,  
el hormigón de las horas tapiando el  
horizonte,  
y cerca el río como una autopista  
en la que hundirse y estrellarse.  
Pero nadie investiga, nadie recuerda ya  
los días y el escombros  
oscureciéndose en los cuartos,  
la cena escasa, el sueño intermitente  
de los hijos, la fiebre y el hombre lejos.

Te desentierro igual que a un fósil,  
te recompongo, retiro los líquenes  
y abrazo con cuidado tu esqueleto.  
Que tu osamenta diga lo que tú no dijiste:  
los motivos de fuga y de abandono  
sepultados durante tantos años  
de orgullo olvidadizo.

¿Es que te golpeó tan brutal la desgracia?  
¿Es que tus hijos talaron los árboles  
de tu cordura y tu alegría?  
Madre, ¿acaso sin dientes yo mordí  
tu placenta con tal desolación  
que no cicatrizó tu vientre nunca?  
Si como dicen me parezco  
a ti igual que una sombra,  
¿vas a llevarme por tu río  
hasta el mar que vierte en la noche?,  
¿vas a decirme alguna vez  
qué hicimos mal tus huérfanos  
que mereció un castigo tan injusto?

Porque tú desconoces esta herencia  
de oscuridad sin fin que nos dejabas.  
Y antes de abandonar el nido,  
a través de las lágrimas miraste  
que tus niños dormían  
con la respiración convulsa y débil  
que precede al espanto más terrible.  
¿Estaba tu mirada tan violeta de invierno  
que no notaste la espesura gris  
de nuestro desamparo?  
¿No oías nuestros gritos hundiéndose  
en el pozo de nieve de aquel amanecer?

Tú ignoras que el propio padre esparció  
un puñado de niños por la extensión del  
tiempo,  
caídos a su suerte, como granos  
diseminados por los surcos.  
Yo aparecí de improviso un mal día  
en la resaca grande de una guerra,  
en la gran casa de unos combatientes  
vencidos cara al sol,  
en la última cosecha de una familia grande.

Yo no te quise nunca, ya que tú no existías,  
pero tampoco pude odiarte.

En el temblor del agua te imagino  
muriéndote, muy pálida,  
abandonada al cauce y la tragedia,  
lavando tu tristeza en la rutina  
caudalosa del fondo.

Me dejaste viviendo en los márgenes negros  
de la lluvia perpetua y de la pólvora  
como en un vertedero de criaturas.  
Para siempre humillada, me quedé  
quieta en la orilla, viéndote morir.

Con siete años estuve a punto  
de ahogarme en un afluente de tu río.  
¿Fueron tus brazos desde el fango  
los que tiraban de mi cuerpo frágil  
hacia abajo, negándome el oxígeno?  
¿O me salvaste tú, sosteniéndome a flote  
para que no sufriera el plomo de la asfixia?  
Rescatada de la corriente,  
fui sólo un bulto que arrojaron  
sobre cerezas de hule, encima del mantel  
extendido en la hierba.

Mientras volvía a la vida, alguien dijo  
que mi destino era el agua: la búsqueda  
o el accidente del agua, la caja  
y la sepultura del agua.

Muchas veces soñé pesadillas de fiebre  
cuando el aire pautado me faltaba.  
Y en medio de lo oscuro abrí los ojos  
y no estabas delante ni detrás  
ni aparecida entre los muertos.  
Madre, yo no sé perdonar  
ni rezar por las noches ni creer  
que existes invencible en otra vida,  
inmaculada de golpes rabiosos

y anestesiada como un ángel.  
No lo creo y por eso no han bastado  
treinta años de extravío,  
desnuda a la intemperie de los ácidos,  
para apartarme de treinta mil fuegos  
provocados con tu mecha de ausente.

No te maldigo. Cuento ahora  
el peligro en el tiempo y las lentejas  
maternas que jamás tuve en mi plato.  
Cuento cosas tendidas de un alambre  
con descargas eléctricas. Soy la  
nocturnidad.

Y bebo leche que no es tuya.  
Y me pregunto qué lluvia láctea  
te sedujo en el frío de noviembre,  
en ese día equivocado y cruel.  
En ese día, ¿qué santa oración  
de funerales cantaron los tuyos,  
si ni la Iglesia quiso concederte  
sagrada sepultura y paz cristiana?  
¿Por qué no me contestas?

Por lo visto mi voz no es tan hermosa  
como la de la muerte. Y no la escuchas.  
Porque no hay madres resurrectas.  
No es verdad el consuelo de los rezos.  
No es posible saldar toda la culpa  
errante de las ánimas benditas.  
Y yo no te recuerdo ni al mirar  
tus fotos o las mías: no apareces  
como un fantasma al trasluz de la tarde,  
no me desvela el sueño tu murmullo.  
No llegas y me dices niña,  
mírame, porque nunca te he dejado.

No es verdad que te quiero sobre todo.  
Es mentira la sangre.

## EL PADRE

TENGO una foto con el padre.  
Está borroso y con ceniza  
como una antorcha que se extingue.  
Lleva gafas de sol y traje oscuro.  
No le conozco los ojos al padre,  
ni la espalda ni el puerto natural  
donde anclan las caídas de los niños.  
Pero me abraza y finge ser un padre.

Es domingo en la foto. Venía de visita  
con las hermanas, internas tristes  
de un colegio de huérfanos.  
Me envidiaban la risa, los juguetes,  
el globo azul colgado en la ventana.  
Y mi estuche de lápices sin punta.

El padre se sentaba en el salón  
a discutir con mi padre adoptivo  
la casa en construcción de mi futuro,  
mi vida en obras, mis papeles.  
El hombre se bajaba del andamio,  
le faltaban ladrillos, la mezcla se espesaba.  
Volcaba sus disculpas como piedras.  
Su silencio era simple material de derribo.

Dejé de verlo a los siete años.  
Lo esperaba una tarde con el vestido nuevo  
manchado de canela y tinte azul,  
pero se hizo de noche y ya no vino.  
Lo recuerdo entre el polvo de la calle,  
con la mirada fósil  
de lo que ya no se recuerda.  
No sé si vive todavía,  
pero hace mucho tiempo que está muerto.

## LA HERENCIA

EL frío inconsolable de los pobres.  
No basta la abundancia para arropar el frío  
que se hereda en los genes y nace del  
escombros.

No hay leña que derrita tanta nieve  
embrionaria.

Se encienden chimeneas. Con la lana se  
teje un sol,  
un armario de soles, un paño de artificio.  
Se adquieren edredones como un nido de  
pájaros.

Y el frío, por debajo, permanece.  
De la médula vuelve la trastienda del hielo  
a cubrirme los ojos como sangre reseca.

Ya todo es negritud, glaciación y sangre.

Por mis venas se espesa la eutanasia de un  
río,

el brutal abandono de la mano paterna,  
los hermanos perdidos en la prisa de un  
puente.

La enfermedad congénita me vigila larvada,  
se burla de mi huida cuando cambio de  
nombre

y usurpo los derechos de otra vida.  
Ya todo es cicatriz, hospital y alacranes.

Se conquistan los barrios, la blancura  
de las liendres y el suero. Se aprende la  
costumbre.

Se accede a la oficina, al ropaje, a la fiebre,  
al calor esponjoso de los cuerpos.

Y el frío, sin embargo, permanece.

(De *Los muertos nómadas*)

## CLASES SOCIALES

Los pobres son príncipes que tienen que reconquistar su reino.

AGUSTÍN DÍAZ-YANES. *Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto*

CON seis años, mi padre trabajaba de primavera a primavera. De sol a sol cuidaba de animales. El capataz lo ataba de una cuerda para que no se perdiera en las zanjas, en las ramas de olivo, en los arroyos, en la escarcha invernal de los barrancos. Ya cuando oscurecía, sin esfuerzo, tiraba de él, lo regresaba níveo, amoratado, con temblores y ampollas en las manos, y alguna enredadera de abandono en las paredes quebradizas de sus pulmones rosas y su pequeño corazón.

En sus últimos años volvía a ser un niño: se acordaba del frío proletario, (porque era ya sustancia de sus huesos), del aroma de salvia, del primer cine mudo y del pan con aceite que le daban al ángelus, en la hora de las falsas proteínas.

Pero su señorito, que era bueno, con sus botas de piel y sus guantes de lluvia, una vez lo llevó, en coche de caballos, al médico. Le falla la memoria del viaje: lo sacaron del cortijo sin pulso, tenía más de cuarenta de fiebre y había estado a punto de morir, con seis años, mi padre, de aquella pulmonía. Con seis años, mi padre.

(De *Cartas de amor de un comunista*)

## PATRIA

Los trabajadores no tienen patria.  
Mal se les puede quitar lo que no tienen.

C. MARX & F. ENGELS.

*Manifiesto comunista*

### COMPAÑERA, centro de gravedad:

Porque no existe más patria que tu imagen animada,  
imperturbable a la nieve, a las campanas doblando.  
Mi patria es una cochera donde amontoño tu cuerpo  
y los lobos carroñeros de un pasado cazador,  
la ciencia dentro de ti, el suavísimo plumaje  
con que cubres tu epidermis, lo inmaterial, los objetos,  
un llanto helado de tumbas, tú y yo juntos, y las cosas  
necesarias de un hogar sin santos ni funerales.  
Ni un país ni una nación ni el Universo en vorágine,  
nada me ha pertenecido, nada fieramente mío,  
de ningún dios ni de nadie. Todos rivales en celo,  
todos timando a los otros, hambrientos depredadores  
en la estepa bancaria y la bolsa de Wall Street.  
Pero si alguien busca el fuego. Pero si alguien grita patria,  
me indica siempre la ruta correcta, las cerraduras,  
la diana del corazón, el núcleo celular  
donde duermes y comienzas.

Enero de 1991. A causa de una fraternidad  
que le salpica, Alfonso Guerra dimite  
como vicepresidente del Gobierno:

*Uno por el precio de uno.*

(De *Cartas de amor de un comunista*)

## LA CAL LLEGA POR MAYO

YA no hablo de los muertos. Ya no digo esa sogá de esparto colgada de una viga ha dejado su marca en el junco de un cuerpo;  
ni profano las tumbas ni remuevo la tierra ni escarbo en las cenizas de los dientes y el pelo y la mirada insoportable de los que fueron antes vivos: hombres con cara y con reverso, futuro que ha pasado.

Por eso, porque quiero pensar sólo en la vida,  
salto sobre cadáveres y restos de muerte acumulada por el frío, y así vengo a caer en un lecho de cal y amanecer de mayo:  
aquel barullo de mujeres que llegaba cada año a despertarme de un mal sueño, dispuestas al blanqueo de la casa y los patios de mi infancia. No muy distintas de algún Miguel Ángel pintando una capilla, venían bien provistas de brochas y de polvos de colores que iban mezclando con lo blanco en cubos, palanganas y lebrillos: color de teja o lumbre en la cocina, azul celeste o de aparente luna para los cuartos de dormir, y cal pura, sin más, en las fachadas. Trabajaban sin tregua al calor de la radio, cantando las canciones que ponían, reinventando las letras, en la íntima versión que se desea y se compone cuando es tan necesario mirarse en un recuerdo.

Así venían cal y mayo juntos, la fiesta transitoria de mujeres en tránsito. Es seguro que todas no están muertas, porque ahora las veo con pañuelos de flores que cubren sus cabezas, salpicadas de gotas, encalando la sucia memoria de los años.

(De *De la nieve embrionaria*)

HABÍA un libro oculto en la trastienda,  
forrado con cubiertas falsas de cartón rojo.  
Estaba en un armario en el que se  
guardaban  
cosas de algunos familiares muertos:  
una blusa bordada, un vestido de novia,  
un costurero azul de seda,  
el retrato de un joven comunista  
con traje de soldado, la chaqueta  
con la mancha indeleble de su sangre.  
Cosas vivas de muertos. Y aquel libro.

Me gustaban sus fotos de paisajes con  
nieve  
—la blancura inquietante de la nieve—  
y todas las palabras extrañas y bellísimas  
que leía en sus páginas: el zarismo, la  
tundra,  
la conquista soviética y la revolución.

Pero al llegar la ruina a la familia,  
se vendió todo el lote: la casa y sus  
espectros,  
el patio y los baúles del ajuar.  
Y aquel libro. Así fueron las palabras  
enviadas al destierro siberiano.

Palabras sepultadas por la nieve  
mucho antes de probarlas y saber  
que el tacto de la nieve también quema.

AY de los vivos, porque de ellos  
depende el sueño de los muertos,  
y se alimentan de los muertos.  
Que los muertos custodian a los vivos  
(cada ángel de la guarda con su vivo  
asignado)  
mientras les llega la hora de convertirse en  
muertos.

No blasfemo si digo que la sangre  
se pudre pronto cuando no circula  
y se coagulan las almas temprano  
después que el corazón se para.  
Para siempre glaciares en la cumbre,  
alma y sangre son uno. No es mentira.

Pero sin alma los muertos apuestan  
a la ruleta, todo al rojo:  
quieren reconquistar la sangre y pierden.  
Pero sin manos los muertos labriegos  
siembran nomeolvides en surcos de  
mantillo.

Pero sin sangre los muertos vigilan  
la feria de los vivos, mercadean  
con su osamenta y sus despojos.  
A bajo precio invierten en la bolsa  
y ofrecen su despiece por la calle.  
Con lencería y ligeros de seda,  
compiten en la acera con las putas.

Y los vivos. Ay de los vivos  
que caen en la tentación  
de un efímero cuerpo sin su carne,  
que se dejan vencer y se abandonan  
a su olor y a su dulce podredumbre.

## UN MAR EN REMOLINO

*Para la niña Julia Alberca Monzón*

Nunca te entregues ni te apartes  
junto al camino nunca digas  
no puedo más y aquí me quedo.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO.

*Palabras para Julia*

SURGES con la niñez intacta todavía:  
la risa más perenne cada tarde,  
en las manos algún trozo de bosque  
y un montón de preguntas sobre el mundo  
reciente.

Tú no lo sabes, Julia, pero el mundo  
tiene un sabio asignado a cada niño.  
Un sabio que se enferma y tose en ti.  
Le gusta destaparse en sueños / para que tú  
lo cubras  
o vigiles su fiebre y el calibre del frío.  
Maestro con temor de esclavo  
que, a punto de ser libre, se intuye solo y  
frágil  
y busca un amo para siempre.

He visto que crecían tus ojos en tres años  
como dos faros fijos en la costa,  
dos señales simétricas de esperanza y  
refugio  
dando entrada a las naves extranjeras.  
En ellos resucito y leo como en libro  
cifrado  
en clave de futuro misterioso.  
Adivino una historia, el alimento / que das  
a un caracol,  
los amores de paso que vendrán  
a enseñarte distancias, besos, dudas,  
andenes  
donde decir adiós. Y noches en las que no  
decir.

Pero no quiero hablar de cosas venideras,  
pues se han roto las bolas de cristal  
y ya no, no hay profetas ni verdades  
que resistan enteras la explosión  
de un misil enemigo en su tejado.

Te escribo porque pienso en las cosas que  
ignoras.

Y siempre que apareces frente a mí  
me acuerdo de la forma en que crecemos  
y dejamos la infancia abandonada  
en baúles sin llave, con todos los vestidos  
que no supieron ajustarse / al crecimiento,  
a las edades,  
al destino del cuerpo.

Yo sé que tú no sabes, niña,  
que alguna vez la vida es un tiovivo  
con los caballos muertos a pedradas,  
que nos suben a dar vueltas y vueltas  
de frenético espanto y resistencia.  
Los humanos entonces, desde islotes  
cercados por un mar en remolino,  
observamos que un mundo afuera gira  
ajeno a nuestro giro.

No siempre se parecen los días a los días,  
como una lata idéntica a otra lata / de  
pescado en conserva.  
De pronto un viento malo y corrosivo  
derrite los metales, y de las latas salen  
los peores microbios para infectar lo fresco.  
Y una misma palabra casi nunca es lo  
mismo.

Por ejemplo, conoces la palabra gusano:  
gusanitos de seda o comestibles.  
Pero a veces gusano se refiere  
a un miembro de tu especie, a cualquier  
hombre  
que practica el oficio canalla de no serlo.  
Porque hay personas asombrosas  
que se comen las frutas podridas y renacen.

Pero yo, cuando miro la belleza en tu  
rostro,  
y noto que a cada centímetro  
te haces dueña del tiempo y de sus  
trampas,  
quisiera poseer la magia de los cuentos,  
tener todas las fórmulas / para que tú  
nunca sufieras,  
para que encuentres al instante  
un resquicio de huida si un puño te  
acorrala,  
para que nadie te obligue a buscar  
las piezas que no encajan en el puzzle  
que construyen tus manos impacientes,  
con los ojos y algún trozo de bosque.

Si pudiera dejarte un manual de uso,  
una guarida en medio de la nieve.  
Si tal vez aprendiera a convertirme / en el  
vigía de los niños  
como *el guardián entre el centeno*.  
Así que estoy pensando dar un tiro de  
gracia  
a la injusticia, que no acertaré.  
Verás que los adultos se repiten  
incansables en cárceles y muerte,  
en errores iguales y en luchas desiguales,  
en amores sin causa y violencia entre  
hermanos.  
Se desorientan en la incertidumbre  
de los años sin norte, como en un  
laberinto,  
los adultos, yo misma.

Hoy te escribo para mañana,  
para que puedas perdonarnos  
la inercia de ir muriendo sin darte  
explicaciones,

Por las respuestas torpes, por la herencia  
maltrecha.

Cuando el dolor te lance sus cuchillos  
y sientas que un amigo te ha fallado;  
cuando adviertas en sombra una alambrada  
que tienes que saltar pues te persiguen,  
acepta lo difícil como un guante  
que te arroja la vida, un desafío.  
Que jamás el cansancio te sorprenda sin  
fuerzas.

Nunca digas qué largo es el camino,  
*no puedo más y aquí me quedo.*

## NOCTURNO DE BARRIO

LAS putas de mi barrio llevan  
en pleno invierno las piernas desnudas,  
y sugieren promesas y tarifas  
con el mismo carmín de ciénaga en los  
labios.

Cultivan en la voz la misma gripe  
y en las cuadras del alba tienen sitio.

Se detienen los coches, tiburones oscuros,  
como si dentro no estuviera nadie.  
Y ellas se acercan, ángeles y turbias,  
con el andar ciprés de un niño expósito,  
con la sábana sucia en la mirada  
y los brazos supervivientes  
de las agujas y el granizo.

No hay bastante dinero que salde la  
intemperie  
en los altos tacones de la noche petróleo,  
ni ese rumor del óxido y las ratas  
que suena igual que grillos roncós  
o que los ejes de aquella carreta  
en la canción de Atahualpa Yupanqui.

## UN TRANVÍA LLAMADO DESEO

Durante unas horas podemos ser  
infelices a la manera de los hombres  
libres.

PRIMO LEVI. *Si esto es un hombre*

SIN recorrido fijo, cruza el valle  
fronterizo del cuerpo, las colinas,  
la soledad extrema de los guetos  
y la altura más alta de un insomnio.  
Su ritmo de creciente surtidor  
intranquiliza el vuelo de los pájaros.

En los andenes lanza su sedal  
y apila en los vagones el alijo:  
pasajeros sedientos y con fiebre.

Abandona la carga en los suburbios:  
la humedad, los precintos y la piel,  
los abrazos, el semen, las caricias  
límitrofes que nunca van a darse.  
Después del viaje sólo queda  
el despojo desnudo de los hombres.  
Todo será pasado ardiendo  
en los próximos hornos crematorios.

Ese gigante siniestro que arrastra  
la osamenta de plomo conduce a la locura.  
Su odisea recuerda al exterminio.

RECONOCE mi cuerpo,  
 su latitud de feudo en el expolio,  
 los estambres del pubis con escarcha.  
 Ese territorio ocupado  
 por rostros forasteros y carruajes,  
 por nómadas palabras que extraen la  
 riqueza  
 que debiera ser mía. Me vacía  
 este imperio ladrón de los idiomas:  
 su escritura, el murmullo al pronunciar  
 los nombres de primates que he perdido.

Porque cuando terminan los recursos  
 el amante abandona sus dominios,  
 prepara su regreso a la metrópoli.

REGRESO del fracaso, de perder,  
 y el amor —que no existe— no es  
 bastante.

Mirar en la mirada del otro hasta no verse,  
 dormirse con un sueño al lado de quien  
 sueña,  
 besar la boca del que está besando,  
 no parece tan fácil ni es verdad.

Sin embargo, regreso de la calle  
 con el frío y la pérdida en las manos,  
 acunando en el pecho el hambre de un  
 cachorro,  
 y así llego a la sal y a los albergues.  
 La sal sobre la herida sana y corta  
 la hemofilia: la fuente de la sangre.

No es que exista el amor, sino la tregua.  
 Sólo vuelvo de las cosas sin nadie,  
 del exterior secante y de secano.  
 Y sus brazos abiertos, como rías en bruma.

## LOS RESTOS DEL DÍA

Me decía que mucha gente prefiere la  
noche al día, / y que son las horas que  
con más impaciencia espera.

KAUZO ISHIGURO. *The remains of the day*

CUANDO cesa el peligro de ordenar la  
rutina  
y el descanso te ofrece las calles y su  
arbitrio,  
que la tristeza no te desbarate el sueño  
ni te arroje a la cara la factura que debes.  
Párate y mira encenderse las luces,  
el manantial que inunda las ciudades de  
golpe:  
islario repentino de latidos eléctricos.

Ahora ves que todo es tuyo,  
que la belleza no supone flores,  
naturalezas muertas ni marinas,  
ni un ocaso naranja de brutal estallido,  
sino esa pequeñez de las últimas horas,  
mejor a media luz o bien a oscuras,  
la intimidad de reencontrarse solo  
o compartirse solamente.

Sabes que todo el día ha sido un simulacro  
de vivir en la espera y no vivir  
entre lo sucedáneo y el poliéster,  
—patinaje en el río helado de los lunes—;  
que lo auténtico está en lo poco que queda  
en los restos al fondo en la distancia.

## LOS CAMPOS ESTÉRILES

No es justo que amor se nombre.  
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

MÍRAME. Soy lo mismo que una sierva  
que acata a su señor sin levantar los ojos.  
Porque el miedo al castigo  
tira más fuerte que la libertad,  
sube más alto el hambre que la sed de justicia,  
pesa más el deseo y menos la razón.

Dicen que no se puede vivir sin esta cosa  
que va matándome, sin esta duda  
que trabaja en los campos estériles del amo  
por apenas la cama y las migajas.  
No se puede vivir sin un salario,  
sin este marcapasos de subsidio.  
Pero yo voy viviendo sin misterio ni fechas.  
Con besos miserables, con baños de agua fuerte,  
con almuerzo de virus, con sales y bacterias,  
con lujo de caricias, con hambre a veces. Y odio.  
Y con más odio que hambre voy callando.  
Como una sierva, como un niño  
tirado a la basura o como párvula  
sin plumier ni pupitre. O como joven  
somalí moribundo, así mi vida.  
Así, mi vida, sigo en esta búsqueda  
de tu huella perdida en la borrasca.

Y tú corres, te marchas a propósito.  
Viertes sobre mi cara la lejía del tiempo,  
inventas la gramática del tacto,  
derramas esa cosa imprescindible,  
esa cosa sin nombre que fermenta  
en la voz como un desperdicio.  
Me miras como si fuera un billete  
que te da el carnicero con sus dedos de sangre,  
ese papel que coges porque no,  
los residuos de víscera no le restan valor.  
De mí haces serpentinas y confeti  
mientras escarbo en esto que no es justo  
que se nombre aunque todos lo pronuncian.  
Y te llamo y te busco y frente a ti  
me arrodillo con lágrimas impropias de mi clase.  
Igual que los esclavos.

(De *De la nieve embrionaria*)

## ESTÁN CLAVADAS DOS CRUCES

ERA nativo de un país eslavo.  
Se notaba enseguida en sus modales  
la extranjería, el empeño de hacerse  
al instante cordial y generoso.  
Su madre daba clases de solfeo  
y él sabía tocar *Claro de luna*.  
De aquel tiempo convulso aprendí a estar  
callada  
y a templar ese esfuerzo que supone crecer.  
Yo tenía diez años y él catorce.

Cada tarde, al salir de la escuela,  
invocada —supongo— por la música,  
pasaba por su casa solitaria,  
olorosa de pinos y de estanques.  
Desde las cristaleras me miraba  
con palidez de enfermo. Al principio  
me asustó su estatura y la sombra  
de columna o de pájaro al seguirme.

Pero luego la inercia de esquivarlo  
me llevó a su jardín y a la ternura.  
Me enseñó el ajedrez y a susurrar  
mis desvelos de amor sin esperanza  
por un niño guapísimo que hacía  
bachillerato, y del que no me quedan  
ya restos: no podría delinear ni un rasgo,  
ni rescatar siquiera de la amnesia su nombre.

Me quedan, sin embargo, las horas de nosotros,  
la amenaza inminente de una estaca de frío.  
Y aquel día extrasístole: tan solos en el mundo  
impreciso de aquel preciso otoño,  
no supimos de pronto despedirnos.  
Siempre recuerdo el daño de perderme  
que tenía en los ojos cuando vimos tan cerca  
mi viaje de regreso para el Sur.

No conservo palabras memorables,  
pero sí la cadencia de su acento,  
el ritmo de un galope en nuestras manos  
y aquella melodía como un eco obsesivo.  
Ahora sé que tocaba para mí.